

condición plagaria, obedece tan solo al propósito de rebajar á un diplomático mejicano, con la pretensión de acrecer á su inmediato sucesor. ¡Pretensión ilusoria! que, á pesar de las torpezas del Sr. Romero, sus servicios siempre serán mayores que los de su antiguo Secretario de Legación.

* *

Si en mis *Cartas á "El Tiempo,"* y refiriéndome al artículo del Sr. Cosmes, me limité á expresar mi convicción—convicción comprobada por los hechos, como acaba de verse—sobre la oculta ingerencia del actual Secretario de Relaciones, refiriéndome ya al libro en que el Doctor Frías y Soto pretendió embaucar á sus lectores, para hacerles creer que, como dijérase en el Brindis del Auditorium, nuestra Patria debía su independencia á los Estados Unidos; refiriéndome, repito, al libro del Dr. Frías y Soto, afirmé ya de la manera más explícita, que el Sr. Mariscal había sido el inspirador, editor y circulador de tan embaucadora defensa. Pude hacer tan categórica afirmación, porque, aunque generalmente esa clase de convenios entre protector y protegido no dejan rastro alguno, en el caso de referencia, sí contaba yo con una prueba de esa clase, proporcionada por el mismo Dr. Frías y Soto y casualmente llegada á mis manos.

Gracias á la amabilidad de dos jóvenes diplomáticos, norte-americano el uno y el otro de Sud-América, había yo sabido la existencia del mencionado libro y conseguido uno de sus ejemplares; pues, como también dije desde entonces, no había sido puesto á la venta en librería alguna. Leílo desde luego y aplacé su rectificación para cuando me pareciera oportuna; y, llegado ese caso, al empezar á escribir "El egoísmo norte-americano durante la Intervención Francesa," noté el extravío de dicho ejemplar y recurrí á mi buen

amigo, el esclarecido patriota Dn. Manuel Cirerol, para encomendarle la adquisición de otro ejemplar, ya que directamente no podría yo conseguirlo. Retardaron la adquisición de referencia, circunstancias ajenas á la voluntad del Sr. Cirerol quien llevó su bondadosa eficacia, hasta remitirme una carta del Dr. Frías y Soto, en que éste daba á conocer el motivo del tal retardo. Esa explicación entrañaba una indiscreta confesión del Sr. Frías y Soto; pues en ella decía: "*No tengo en mi poder un sólo ejemplar. . . . Toda la edición quedó en la Secretaría de Relaciones.*"¹

Ahora bien, si toda la existencia quedó, no en la casa del Sr. Mariscal, sino en la Secretaría de Relaciones, al grado de que su autor no tuviera un sólo ejemplar, es claro, como la luz del sol, que dicho Sr. Mariscal fué el inspirador, editor y circulador del libro de referencia; y, lo que es peor, que la tal edición debe haber sido pagada con fondos de la Secretaría.

Así vino á mis manos, casualmente, esa prueba material de que antes hablara, dejada en ellas por un sentimiento de alta moralidad, para que la hiciese valer cuando lo juzgara conveniente. Mientras nadie puso en duda mi categórica afirmación, me abstuve de presentar la mencionada prueba; pero hoy, cuando otro protegido del Secretario de Relaciones, el Sr. Didapp, pretende hacerlo así, en libro editado en Santander, donde era Cónsul de Méjico;² hoy, ha llegado el momento conveniente de dar á conocer la citada prueba material, de suyo tan notoria, y que ha sido incluida en el Apéndice de este libro.

En "El egoísmo norte-americano," y fundado en estas

¹ Véase el Apéndice.

² Aunque el Cónsul Didapp fué destituido á causa de sus gratuitas, infundadas é inconvenientes injurias á España, parece que goza de toda la estimación de su protector; pues el domingo 7 de este mes de Abril, á las 12 del día, lo encontré en la calle del 5 de Mayo, en el carruaje y en compañía del citado Ministro, quien habíale cedido el lugar de honor, cosa que no acostumbra hacer con sus subalternos ó con quienes lo han sido, el Sr. Mariscal.

circunstancias, llamé á Don Ignacio Mariscal: *Mecenas de Dr. Frías y Soto*. Este calificativo dió lugar á que un buen patriota, recientemente muerto y que había militado durante la Intervención francesa á las órdenes del ilustre General Corona, en carta fechada en Tepic á 28 de Julio de 1905—carta que guardo con toda la estima que merece quien, amigo de mi Padre en los días prósperos, siguió siéndolo en los adversos—dijérame entre otras cosas, lo siguiente:

“Y ya con este motivo le ruego me permita hacer un llamamiento á sus conocimientos históricos y biográficos, para que se digne instruirme, ó en otra ocasión *se abstenga de calificar impropriamente* á las personas de quienes se ocupe.

“Mecenas ? Mecenas, el ilustre Secretario de Estado de Augusto, protegió á los insignes hombres de letras de su tiempo en la corte, *ninguno de los cuales, por lisonjearle y justificar alguno de sus errores, se permitió escribir, ni oficiosamente, ni por paga, que Roma recobró lo perdido por Varo, no por la constancia de Augusto y la habilidad de Druso y el valor de los romanos, sino por el auxilio de los aliados; y usted da el calificativo de “Mecenas” al Sr. Mariscal, con relación al Doctor Frías y Soto, porque éste, inspirado y expensado por aquél, escribió una obra en justificación de su dicho: “si los Estados Unidos no nos hubieran auxiliado, hubiéramos sucumbido en la guerra de la Intervención,”* contra lo cierto y sabido, habiendo en su oportunidad oficialmente comunicado el Sr. Seward á Ministro diplomático acreditado cerca de una corte Europea, que á nuestra resistencia á la Intervención, deberían y debieron los Estados Unidos el restablecimiento de la Unión, *por la cual peleamos nosotros los mejicanos al defender nuestra independencia y forma de gobierno, concepto que también se expresó en brindis oficiales durante la lucha y en celebración de nuestro triunfo.*

“Ruego, pues, á usted, no le enoje conmigo el que yo defienda á Mecenas y á los literatos por él favorecidos *de la infamia que les resulta del calificativo de Mecenas del Doctor Frías y Soto* que en la obra á que me vengo refiriendo *da usted al Sr. Mariscal.*”

Preocupado por su justa veneración al gran protector de las letras romanas, no se fijó mi buen amigo el Sr. Caravantes en que, al emplear la palabra “Mecenas,” habíala yo usado en el sentido en que generalmente y por extensión se le da, aplicándola á todo aquél que expensa escritos ajenos; pero, ya que un literato sufrió la indicada confusión y para evitar que otras personas la sufran también, hago aquí la correspondiente aclaración, declarando, que jamás pensé en equiparar con el insigne Mecenas, á Don Ignacio Mariscal.

*
*
*

Ha sido principal empeño del actual Secretario de Relaciones el hacer repetir que mi labor histórica hállase tan sólo inspirada por el odio. Voy por un instante á suponer que así sea. ¿Dejarán por eso de ser ciertos los hechos que he referido con verdad? ¿Dejarán por eso de ser reprochables las acciones que he condenado con razón? Nó. Dn. Ignacio Mariscal dijo bajo su firma que la prensa norte-americana no admitía rectificaciones, y su dicho será, con odio ó sin odio de mi parte, una falsedad absoluta; yo dí á conocer una nota de la Legación, en la que consta que ese mismo Sr. Mariscal—por aquel tiempo Secretario de ella—llevó á un periódico americano rectificaciones que fueron publicadas sin la menor dificultad, y esa constancia prueba, con odio ó sin odio mío, que fué dicha á sabiendas la consabida falsedad. Y, como decir una falsedad á sabiendas es un hecho inconcusamente reprehensible, resulta, de manera forzosa, que mis consiguientes reproches al Sr.

Mariscal son, inspírelos ó no mi odio, del todo merecidos y justificados.

En mis *Rectificaciones* tituladas "Tres campañas nacionales y una Crítica falaz" llamé *defectuosa* á nuestra red ferrocarrilera; puesto que no había alcanzado á ninguno de nuestros puertos del Pacífico, con excepción de Salina Cruz. Aunque esta afirmación era incontrovertible por la evidencia del hecho en que se fundaba, sin embargo, ha sido tan decantado el progreso ferrocarrilero de nuestro país, que no habrá faltado quien, con malicia ó sin ella, haya atribuído al odio y considerado como apasionada mi susodicha afirmación. Algún tiempo después, las palabras de uno de los actuales Secretarios de Estado, recibidos con aplauso unánime por la Cámara de Diputados, vinieron á comprobar la exactitud de las mías. A continuación copio un fragmento del discurso pronunciado, en la citada Cámara, por el Sr. Lic. D. José Yves Limantour, el 14 de Diciembre del pasado año de 1906, cuyo fragmento contiene las palabras á que me he referido. Dice así:

"*Cómo se han construido los Ferrocarriles Mexicanos.*—Ha habido otra razón más, señores Diputados: Los ferrocarriles se han construido en nuestro país, *no con arreglo á un plan estudiado de antemano*, sino conforme lo han solicitado las diversas empresas que han pedido concesiones para unir tal ó cual punto, con tal ó cual otra región del país. *Ha faltado, pues, una idea de conjunto* en el trazo de nuestras líneas, que ha sido obra de las circunstancias, y *de los intereses particulares*, así como de las necesidades del momento. *Esta falta de plan tenía que producir forzosamente un resultado poco satisfactorio en cuanto á la distribución de las líneas y á la satisfacción de las necesidades generales y locales del país.* Regiones bastante considerables del país *no están todavía ligadas con el resto de la Nación* por una vía férrea, y, en cambio, hay otras que tienen, no solamente un ferrocarril, sino dos y hasta tres, enteramente paralelos,

para un tráfico que apenas alimentaría uno solo de estos tres."¹

Admítase, en buena hora, que obro impulsado por el odio. A pesar de ello habrá de reconocerse que él no empaña la serenidad de mi criterio, y que mis "Rectificaciones"—como ya lo dijera anteriormente—están inspiradas en la verdad y gobernadas por la razón. Solo así se explica, que personas ilustradísimas, pero que tienen criterio filosófico distintos del mío ó que discordaban de mi opinión en algún punto particular, reconozcan la verdad de mis "Rectificaciones" y las elogien con palabras nacidas del convencimiento.² Sólo así se explica, que ilustres literatos y esclarecidos patriotas, que no pueden tener el menor interés en elogiarme, alaben mis "Rectificaciones" en conceptos de alta valía, que yo recojo con sincera gratitud y legítima satisfacción.

* * *

Mientras el Sr. Mariscal paga para que se me llame tonto, ignorante y antipatriota, hácense, en el extranjero y en mi país, los siguientes elogios:

"La disertación del Sr. Iglesias—dice el sabio académico e historiador M. Emile Ollivier—*tan notable por la sagacidad de sus percepciones como por la fuerza y claridad de sus argumentos*, ha destruído para siempre la leyenda de la traición de López."

"De suerte—decíame el modesto historiador militar D. Francisco Barado y Font, nombrado recientemente, con general aplauso, Académico de la Historia—que en ese mismo caso de Barradas, *yo he tenido que aprender de V.* El concepto que á mí me mereció siempre fué el de una aventura loca; no tenía el que V. me ofrece de Santa-Anna. *Su*

¹ "El Imparcial"—Diciembre 15 de 1906.

² Véase el Apéndice.

crítica me parece muy fundada, aunque un tanto prolija, lo que me explico por tratarse de escritos de polémica. Creo sin embargo que hay cosas que no valen la pena de refutarse. Tan á la vista saltan con la sola exposición de los hechos! Sin embargo ha prestado V. un excelente servicio á la verdad histórica.”¹

“No solamente busca V. la verdad—decíame el notable historiador venezolano Doctor Gil Fortoul—sino que sabe descubrirla y fijarla.”

“La historia de Méjico—dice el ilustrado Director de “El Avisador” de Maracaibo—debe al Sr. Iglesias importantes servicios de esclarecimiento de los hechos de más trascendencia en la vida nacional, haciendo luz de justicia donde no había antes sino sombras de pasión.”

“La obra del Sr. Iglesias Calderón”—decía el ilustre publicista peruano D. Ricardo Palma, refiriéndose precisamente á la titulada “El egoísmo norte-americano durante la Intervención francesa”—es importantísima, de palpitante actualidad en América y está escrita con elevado criterio.”

“El libro de V.—habíame escrito el insigne patriota venezolano D. Nicanor Bolet Peraza, tan afamado en el mundo de las letras—acude á todas las necesidades del momento; pone en su lugar los hechos, en su pedestal ó en su cruz á los hombres según hayan merecido realmente estatua ó suplicio en la Historia; y pone, en fin, en lo más alto, en el zenit de la luz gloriosa, á los principios.” Y más tarde, en una nueva carta, refiriéndose ya á mi libro sobre el egoísmo norte-americano, decíame: “Con la atención que todo lo

¹ El Sr. Barado tiene razón, hay cosas que, por saltar á la vista, no valen, en términos generales, la pena de refutarse; pero, cuando la mala fe las tergiversa y la ignorancia las admite, el defecto de la prolijidad resulta inevitable. Por lo demás, ese *pero* puesto por el distinguido académico realza la sinceridad de sus elogios. En cuanto á que un sabio como el Sr. Barado haya aprendido algo de mí, se explica porque yo hice un estudio especial de este punto histórico y no porque tenga mayores conocimientos que tan ilustre autor.

que tocante á la historia de la gloriosa patria de V. me inspira, y que todo lo que de su pluma de V. aparece, he leído el libro de las nuevas Rectificaciones Históricas. Trabajo es ese que honra á V. por los conceptos todos de su mérito, y en el cual pónense en su más prestigioso relieve las dotes que V. posee para desentrañar lo cierto de los hechos en la maraña complicadísima que el tiempo y otros agentes van formándoles. Admiro en V. la potente mirada con que penetra en los laberintos en que anda perdida la verdad, admiro la serenidad de ánimo con que V. se conduce en su labor científica, sin dejarse desviar por detalles de pura dialéctica; y admiro, más que todo, el método de lógica cerrada con que V. presenta el resultado de sus análisis de lo obscuro y lo contradictorio.—Le felicito muy cordialmente por ese nuevo homenaje que V. presenta á la gloria del pueblo mejicano, al reivindicarla, toda ella, para los que por su última independencia lucharon contra la usurpación extranjera.”

Y el penetrante psicólogo D. Manuel Márquez Sterling, en reciente artículo publicado en el “Figaro de la Habana” bajo el rubro de “Medalla mejicana,” dice lo siguiente: “Entre estos escritores, brilla uno, modesto, sencillo, tenaz, fervoroso, el Sr. Fernando Iglesias Calderón, en quien se han estrechado el talento del prosista, la constancia del indagador y la sinceridad del patriota. Los varios libros que lleva publicados son contundentes, maravillan por la lógica de la argumentación, por la firmeza y la valentía con que acomete los asuntos, por la impavidez con que expone ideales y sentimientos que hieren al dictador en la plenitud de la dictadura. Quita un laurel mal puesto y nadie logra de nuevo colocarlo; se lanza á través de las tempestades del pasado, en busca de un rasgo que pruebe la virtud de un hombre, ó que destruya los prejuicios de diez generaciones y va con paso seguro, por camino recto, y surge, en la lejanía, victorioso, sin envanecerse, con la mirada fija en sus contradictores, dispues-

to á ser con ellos implacable, después de hallada la prueba que no tiene refutación.....

"Y á estas tareas tan hermosas consagra Iglesias su vida; hijo de un gobernante toda virtud, heredero por devoción de un caudillo toda gloria, se esfuerza en que no se extinga, del uno la salud de los principios, del otro la abnegada voluntad que levanta sobre escombros y sangre, sobre ruinas y pesar, el honor de un pueblo atropellado, se arroja contra el extranjero que se atribuye poder divino y aprisiona al más novelesco príncipe del siglo de Juárez...."

Pasando del extranjero á mi país, comenzaré por copiar las palabras de un diplomático mejicano que, aunque ausente de la Patria, puede considerársele en ella, merced al privilegio de la extraterritorialidad, y cuyo nombre callo para evitarle la enemistad de su jefe el Secretario de Relaciones. Dicen así: "Por la bondad de *** tuve la inmensa satisfacción de leer el libro que publicó Ud. el año pasado con el título de "El egoísmo norte americano durante la Intervención francesa," *cuya lectura ha sido para mí un bálsamo que ha mitigado la dolorosa impresión que me causó el brindis del Auditorium en 1899.*"

El reputado historiador Dn. Luis Pérez Verdía decíame ya desde Diciembre de 1901: "...y felicitarlo por sus interesantísimos estudios históricos, *que han venido á arrojar tanta luz sobre multitud de hechos, que se hace ya indispensable consultar por todo el que quiera escribir algo serio sobre nuestra historia.*" Posteriormente, en la última edición de su "Compendio de Historia de México."—el mejor de los existentes —y refiriéndose á mis "Rectificaciones," el Sr. Pérez Verdía reconoció abiertamente que López había entregado el puesto de la Cruz por orden de Maximiliano; y que no fué la Diplomacia americana, sino el cañón de Sadowa, el que dió al Mariscal Bazaine la orden de retirada.

Otro bién conocido historiador, Dn. José R. del Castillo, en su refutación al Sr. Bulnes, titulada "Juárez, la In-

tervención y el Imperio," no se ocupó de rechazar los dos más graves cargos hechos á tan ilustre patricio; porque —según dijo, refiriéndose á mis *Cartas á "El Tiempo"*—eso ya había sido hecho, y de *una manera magistral.*

El mismo Sr. Bulnes á páginas 749 de "El Verdadero Juárez," dice: "La historia ha llegado á descubrir, *muy especialmente por los sólidos trabajos críticos* del Señor Don Fernando Iglesias Calderón, que el Coronel Miguel López, entregó la plaza de Querétaro y á sus compañeros de armas por orden de Maximiliano, quien traicionó á su ejército." Y en su último libro, es decir, después de mis *Cartas á "El Tiempo,"* y tras de copiar unas palabras más, referentes á la vulgaridad de tachar de apasionados mis estudios históricos, agrega: "Hago también mío el siguiente fragmento de la bella y justa defensa del Sr. Iglesias Calderón, hecha por él mismo."

Un liberal sincero y patriota abnegado, periodista por altruismo y víctima reciente de uno de los atropellos más injustificados, entre los ejecutados contra los escritores independientes, el Sr. Doctor Mestre Ghigliazza, terminaba un artículo referente á mi Padre y á mí, publicado en "El Monitor Tabasqueño" de la siguiente manera: "El alma nobilísima del ilustre padre se refleja como en clara linfa en la del hijo. Así perdure siempre para que en el campo de nuestra historia *continúe siendo* (lo que mucho necesitamos) un Bayardo *"sans peur et sans reproche."*

"El Sr. Puga y Acal ha dicho en ocasión solemne, que mi libro quedará como uno de los mas grandiosos monumentos erigidos á la memoria de Juárez. El Sr. Ingeniero Don Agustín Aragón dice, que mis libros *están escritos con amor á todo lo grande,* y me excita á que prosiga en mi patriótica labor y á que no descansa en mi empeño de caballero, que vela por el buen nombre de nuestros patriotas. Y en carta que escribírame pocos días antes de su reciente y sentido fallecimiento el distinguido historiador jalisciense, Director

de la Biblioteca de Guadalajara, Don Alberto Santoscoy, decíame: "Podrá ser que se difiera de Vd. en el criterio de apreciación de los acontecimientos; pero nadie, con justicia, podrá negar á Vd. la admiración de que le hace dignísimo el conjunto de cualidades que tanto le distinguen. Yo me permito darle mis parabienes muy sinceros *por la noble actitud que ha tomado como batallador en el campo de las letras* y le excito á continuar con el mismo brío la árdua empresa que ha acometido *á empujes de su gallardo patriotismo.*"¹

Siga el Sr. Mariscal pagando porque se me injurie. Sus dictérios, por lo injustificados, ni me hieren, ni me perjudican en la estimación social, como lo comprueban los pasajes que acabo de reproducir, y en los cuales se reconocen según la frase del sincero Sr. Azpíroz, la exactitud de mi criterio histórico y mis nobles sentimientos de patriotismo.

*
* *

Es arraigado aunque vulgar prejuicio, dar ilimitado crédito á los testimonios de los testigos presenciales sin someter su dicho al depurante análisis de la crítica. En este libro encontrará el lector, comprobadas como falsedades notorias, varios testimonios de esta clase, debidos á personas que ni tenían el mal hábito de la impostura, ni tenían, en el caso especial de su dicho, interés alguno en falsear la verdad. Y esas notorias falsedades, no sólo aparecen en fugaces conversaciones ó en remitidos accidentales, sino hasta en obras históricas, que deberían haber sido escritas con esmero y reflexión. Yo me he visto obligado á patentizar aquí, entre otras, la sorprendente falsedad de un relato debido á la pluma de Don Guillermo Prieto, mi pa-

1. Podría aumentar grandemente aún esta enumeración; pero dejo de hacerlo, por no cansar demasiado á los lectores.

drino de bautismo, cuya memoria guardo con cariño, y cuyas altas dotes de poeta, cuya honradez acrisolada, cuyos grandes servicios á la Patria, le hacen digno de la gratitud nacional; pero que, en asuntos históricos, tenía el gravísimo defecto de escribir de memoria, sin apercibirse de la extremada infidelidad de ésta. Tal defecto, muy generalizado por desgracia, acentúase aún más en testimonios que llevan el carácter de certificados, los cuales, más que á la verdad, débense á una indebida complacencia en favor de un solicitante, ó á una debilidad, indebida también y favorable á un tenaz impertinente. Con tan deleznable fundamento, apareció un libro, al que osadamente se ha dado el título de: "*Historia documentada del Gral. Alvarez.*" Después del examen general del Tratado Mac-Lane—estudio que servirá de base á mis próximas *Rectificaciones*, pues en éstas no se halla sino el de las estipulaciones de dicho Tratado, que fueron tachadas de traidoras—después de ese examen, repito, emprenderé la del citado libro, una de cuyas principales falsedades, la de atribuir á Juárez la desastrosa derrota del 11 de Abril, acaba de ser evidenciada por el inteligente publicista Don Carlos Pereyra.

*
* *

También ha visto la luz pública, una obra titulada "Informes y Manifiestos," que, por su procedencia oficial y por el objeto á que se la destina, no debe dejarse pasar sin advertir que adolece de notables deficiencias. A guisa de prospecto, publicóse además en hoja suelta, reproducida por un gran número de periódicos, una *réclame* suscrita por el Director de "El Diario Oficial," compilador de los documentos que forman dicha obra, cuyo mencionado prospecto, presentado como "Guía para consultar Informes y Manifiestos," si no ameritaba una rectificación especial, tampoco debía dejarse pasar sin el correspondiente correc-